

de pensar que todo el proceso discurrirá al margen de problemas y conflictos de diverso tipo en las ciudades y pueblos en los que deciden asentarse.

Se trata, no lo olvidemos, del principal cambio acaecido en la sociedad española de las dos últimas décadas y ello comporta ajustes socioculturales y respuestas educativas que no se improvisan de la noche a la mañana. Con todo, el balance de la experiencia en nuestro país, que aún es bastante corta y no dilatada en el tiempo, podría tildarse de razonablemente positivo. Es cierto que el cuadro es desigual en las distintas Comunidades Autónomas y que las normas básicas siguen estando sometidas a discontinuidades políticas en ausencia de pactos sólidos en la materia, pero también lo es que, descontando lamentables acontecimientos puntuales, la evolutiva presencia de los contingentes migratorios y su inserción en la realidad sociolaboral del país ha ido discurriendo sin grandes sobresaltos.

Otra cosa es la magna incidencia del fenómeno sobre los grandes temas de la vida corriente y la deriva perceptiva en los autóctonos cuando, como es lógico, las familias inmigrantes demandan los correspondientes servicios sociales, sanitarios o educativos en el contexto de acogida.

Está muy bien tener grandes planes de ciudadanía e integración o más modestos programas para la atención a los colectivos migrantes en el ámbito local. Sin embargo, el éxito de tales iniciativas depende también de que se incluya en sus previsiones la disposición de personas que conocen de primera mano la situación del lugar y que cuentan con las habilidades y los

MARTÍNEZ USARRALDE, M. J. y GARCÍA LÓPEZ, R. (2009) *Análisis y práctica de la mediación intercultural desde criterios éticos*. Valencia, Editorial Tirant lo Blanch, 157 pp.

En la misma medida en que España se ha ido convirtiendo en uno de los países de la UE con más caudal inmigratorio, así ha ido creciendo en nuestro tejido social la necesidad de planes y programas para una mejor gestión de las cuestiones que en la sociedad civil y en el espacio público modulan la posibilidad de lograr adecuados niveles de integración por parte de las personas que llegan, sin caer en la ingenuidad

recursos suficientes para afrontar cualquier distorsión, malentendido o pugna en la renovada dinámica vecinal y comunitaria. Esas personas son lo que aquí llamamos mediadores interculturales, cuya definición profesional va abriéndose camino pese a las múltiples dificultades que siguen sorteando quienes dan sentido y alcance cívico efectivo a este rol de ayuda y optimización de la convivencia en ciudades, barrios y pueblos.

Como la historia nos tiene acostumbrados, el terreno de lo social es el menos proclive a bizarros reconocimientos de papeles o dimensiones profesionales susceptibles de ser traducidos en forma de puestos de trabajo reconocibles en las consiguientes escalas administrativas. A ello contribuye, en parte, y este sería también el caso de la mediación intercultural, la afluencia –y confluencia– de titulados dispuestos a reivindicar como propio un desempeño laboral para el que, en efecto, no es fácil encontrar un recorrido de formación exclusivo en el actual panorama de las credenciales académicas.

Tal vez por ello o, al menos, bajo el influjo de esta circunstancia, se haya ido poniendo de manifiesto la necesidad de dialogar más, y acordar más, acerca de las competencias que mejor pueden contribuir a perfilar un ejercicio profesional que, igualmente, remite a bases teóricas y, desde luego, a instrumentos facilitadores de tomas de decisión sobre cómo actuar y cómo ejercer pleno control de los cursos de acción emprendidos.

El interesante libro con el que nos acaba de sorprender la levantina editorial Tirant lo Blanch avanza líneas

y consolida posiciones en la perspectiva apuntada, pero trufándola de un acento contributivo en el que destacan singularmente los esfuerzos de las profesoras Martínez Usarralde y García López (destacadas pedagogas de la Universidad de Valencia) para que tengamos muy presente que la mediación intercultural puede desdibujarse, cuando no resquebrajar su misma razón de ser, vacía de competencias éticas y del prístino compromiso con una tarea que implica saber, prudencia, cuidado y sensibilidad. Porque el mediador sí decide, como dicen las autoras (p. 112) por más que no impongan soluciones a los conflictos; las y los mediadores son participantes esenciales, co-constructores de la interacción.

Con una estructura de análisis pertinentemente previsible en cuanto a la secuencia analítica de lo más conveniente al caso, los cuatro capítulos que desbrozan el conjunto, desde una conceptualización que destaca por el selectivo canon de autores y enfoques, hasta el replanteo de la práctica mediadora atendida según criterios éticos, pasando por la delimitación de funciones y por la recurrente clarificación ética de la profesión, constituyen muestra suficiente del provecho intelectual y de la pragmática lucidez con la que es factible arropar el crecimiento de la pedagogía intercultural en tiempos tan revueltos como los que estamos viviendo. Y adentrándose con extraordinario acierto en un ámbito emergente de las ciencias sociales, y de la educación, para el que se precisa tener tablas y no andar falto de coraje moral. Virtudes que, por fortuna, acompañan la biografía de las firmantes del volumen.

Aparte de la oportuna y bien ponderada bibliografía de la obra, esta incluye una útil propuesta de análisis de diferentes casos, registrados al compás de la realización de entrevistas y que las autoras ofrecen a modo de ejercicios reflexivos y dinamizadores de la discusión por quien desee sacarles todo el partido formativo.

Miguel Anxo Santos Rego